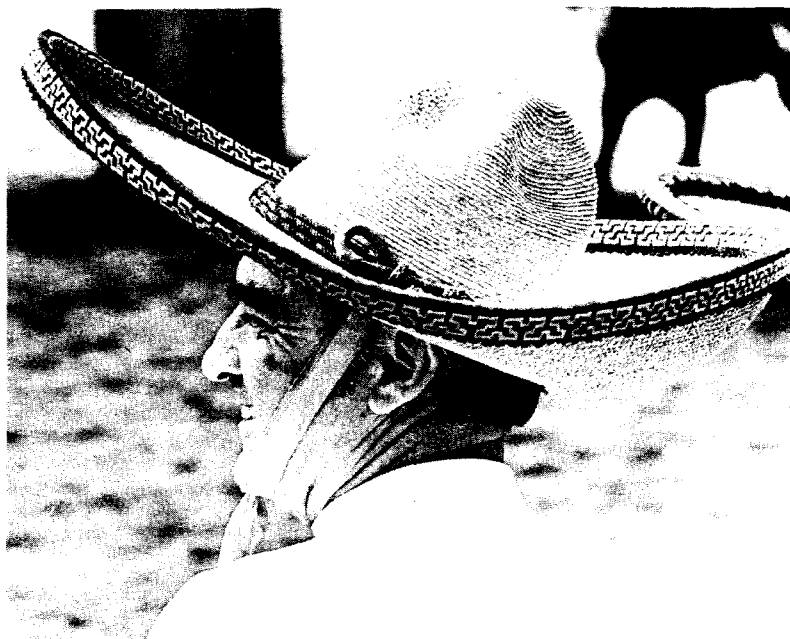


## DIETARIO PERSONAL

# GRACIAS, PRESIDENTE

**LUNES, 10 DE OCTUBRE.** Ayer me pareció oírlo así en el relato de un locutor; pero, como en otra memorable ocasión, preferí esperar a ver confirmada la noticia por escrito. Tengo un grillo perpetuo en la oreja izquierda, por la parte que no alcanzan ni el dedo ni el capuchón del bolígrafo, y otorgo escasa confianza a mis posibilidades de percibir debidamente cualquier onda sonora. Efectivamente, el Presidente Portillo dijo lo que me pareció oír y entender, o sea, lo que sigue: "Hoy, 9 de octubre de 1977, declaro solemnemente clausurada la exposición Méjico-77. ¡Arriba España! ¡Viva Méjico!"

Reconforta escuchar el hermoso grito de la esperanza española en labios de un presidente americano —y más del Presidente de aquella tierra inmortal que fue bautizada con el nombre de Nueva España—, singularmente cuando tan ambiciosa invocación no ha sido pronunciada por ningún gobernante español a partir del 20 de Noviembre de 1975. Así vamos de cabeza para abajo. Gritar ¡Arriba España! me atrevo a suponer que es un delito —acaso perseguible de oficio— aunque eso no impide que algunos jóvenes y viejos españoles lo cometan en la calle. Cuando hace unos meses el Papa Montini terminó su homilía diplomática ante los Reyes con esas mismas palabras tan cuidadosamente evitadas por nuestros gobernantes, todos ellos se quedaron pasmados y algo dolidos. Supongo que a partir de su generoso gesto, Señor Presidente, se las va a ir haciendo callo. Me atrevo, por mi cuenta, a responder con un ¡Arriba Méjico! que me sale con tremenda sencillez. Deseo para Méjico su escalada feliz con el buen fuelle de Diego de Ordaz al trepar a "la montaña que fuma". Espero que usted comprenda, Señor Presidente, que por nada del mundo me hubiera lanzado a gritar ¡Arriba el Vaticano! sintiendo en mi corazón todo lo contrario. Méjico, gracias al Dios de Cortés, es otra cosa.



Luego he conocido sus palabras de hoy sobre la importancia del municipio en España, fuente de la verdadera democracia, y he recordado la alegría con que estudiaba mi Cortés, mi Bernal y también mi Madariaga a la hora de escribir "Cuando los dioses nacían en Extremadura", que es como una pequeña biografía de la empresa de Cortés, del propio Cortés y de sus hombres. La luz de Roma entraba por mis ventanales cuando yo describía la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz y gozaba con la maniobra política del bachiller por Salamanca y le vela dibujar el plano de la ciudad sobre la tierra con la rama de un árbol. Mi vecina de enfrente se llamaba Paulina Borghese y estaba desnuda y yo pensaba que no se le hubiera escapado viva a Cortés, que era muy galán, y recordaba cómo revistaron desde las naves él y sus capitanes y sus soldados, la costa de lo que iba a ser Méjico mientras recitaban los viejos romances castellanos...

Gracias, señor Presidente; por un instante he podido olvidar con su grito de ayer y sus palabras municipales de hoy, la dolorosa pasión de los hombres y las tierras de España. Pero a ella he de volver con mi terquedad de navarro (ya que no de Caparrosa, como aquel Pablo Rada a quien ví y admiré de mozo y con quien hablé palabras de verdad en Cali, al menos de Pamplona). Decir navarro es decir español dos veces, requetespañol, español hasta las cachas, hasta el tuétano y hasta después de la muerte. Y eso pese a la jota que determina tres condiciones para ser un buen navarro aunque uno sea de Pamplona.

Por cierto, yo, con Paulina Borghese, "née" Bonaparte, nada. Vecinos y nada más. Reconozco, eso sí, que, por lo que fuera, me perdí un buen cuero.

**Rafael García SERRANO**